



En el pasaje de este día todo es contraste: entre el cielo y la tierra, entre los proyectos del hombre y los proyectos de Jesús, entre los caminos terrenales y los del Reino de los Cielos. Jesús, en un ambiente de intimidad y confianza, abre su corazón y manifiesta a sus discípulos cuál es el itinerario que lo llevará hasta la cruz, su supremo acto de amor.

Por su parte también Santiago y Juan abren su corazón y queda de manifiesto su ambición de riqueza y de poder. Como si no hubieran escuchado la revelación que les hace Jesús en el camino hacia Jerusalén, hacen caso omiso del anuncio de los sufrimientos y de los dolores, porque tienen en su mente otras propuestas. Contraste pleno entre los criterios y valores del maestro y las ambiciones de sus seguidores.

Las discusiones por los primeros lugares, las envidias y las zancadillas también encuentran su espacio entre los discípulos. Jesús aprovecha la oportunidad no sólo para descubrir las ambiciones de sus discípulos sino para desenmascarar las estructuras del poder, de la riqueza y de los gobiernos. Las luchas encarnizadas entre los partidos y dentro de ellos, no son para servir y para buscar un mejor país, las luchas son para obtener el poder personal o sectario y se utiliza como pretexto el bien de la nación.

Jesús nos enseña cuál es la verdadera vocación del discípulo y de toda persona que quiere tener un puesto frente a la comunidad: “el que quiera ser grande entre ustedes que sea su servidor”. Rompe Jesús los valores del mundo y establece nuevos valores que harán crecer el sentido fraternal y comunitario.

Jesús no ha venido a ser servido sino a servir y nos lo enseña en cada acto de su vida. Pero además se pone como ejemplo de quien lo quiera seguir. ¿Cómo viven quienes se dicen autoridades civiles, educativas, religiosas? ¿Realmente se dedican a servir o aprovechan los puestos para ser servidos? Cada discípulo de Jesús encontrará en el servicio su verdadera vocación.